

raban de un momento a otro verlos desaparecer, lograron ser recogidos.

Los payanos viven en casas de una sola pieza que les sirve de cocina y de dormitorio. Hoy día acostumbran techar sus casas con madera y hacerles divisiones para la mayor comodidad de su familia. Antiguamente habitaban en cuevas, en los barrancos cercanos a las playas que aun hoy día se pueden observar. En sus enfermedades se curan unos a otros y emplean ciertas yerbas que los sabios han calificado como medicinales. Es sensible que no se hagan estudios de los principios terapéuticos que se encuentran en algunas plantas de la Isla de Chiloé y de las tintas que de otras se pueden sacar.

Los payanos son religiosos por tradición y celebran sus ceremonias con gran solemnidad. Al efecto, levantan cerca de las capillas, pequeños campamentos para pasar los días que duran la festividad y evitar así largos viajes diarios.

Los niños desde la más tierna edad acompañan a sus padres en los viajes que hacen a las Guaitecas, a la pesca o caza de gatos y lobos marinos, sufriendo desde pequeños las inclemencias del tiempo y toda clase de privaciones y acostumbrándose así, desde luego, a la vida marinera. He visto niños de doce años que ya se ocupan de las faenas de la caza y de la pesca en las mismas condiciones que los adultos. Estos muchachos tienen las mismas prerrogativas que los hombres ya acostumbrados a tales trabajos. En las épocas de descanso les gusta frecuentar las escuelas del lugar y casi todos saben leer y escribir.

En una palabra, los payanos que se dedican a la marina son hombres fuertes y sufridos. Pasan noches y días en sus chalupas con vientos y lluvias torrenciales sin poderse cambiar la ropa, que secan al calor de la lumbre y sin quitársela.

La civilización, lejos de preocuparse del progreso de estos habitantes de las islas del sur de nuestro país, sólo ha sabido explotar su trabajo y sus energías inagotables. El alcohol y el tabaco son los únicos presentes que hace llegar hasta ellos.—
H U M B E R T O D Í A Z V E R A.

<https://doi.org/10.29393/At53-12JCRS10012>

Joaquín Cifuentes Sepúlveda

HACE poco falleció en Buenos Aires el poeta chileno Joaquín Cifuentes Sepúlveda. Había llegado a la capital argentina a contraer matrimonio. Su muerte, dolorosa y cruel, conforme nos han confiado testigos de los últimos días del poeta, lo sorprendió a los pocos meses de sus nupcias.

Deja una obra poética copiosa, desparramada en volúmenes que fué publicando al azar de los días. Todos saben que una tragedia prematura lo llevó a una cárcel. Allí pasó varios años. Pues bien, sus libros fueron escritos en la celda en que velaba un hombre anheloso de recuperar la libertad. La recuperó pero dejó de cantar. ¿Para qué cuando la vida era tan bella? Y Cifuentes Sepúlveda se dió a vivir con pulso intenso.

Por el año 1923 mantuve con él relaciones epistolares. De algunas de sus cartas de entonces desprendo aquello que puede ser interesante para conocer su espíritu, enamorado de la poesía.

San Clemente, 29 de Enero de 1923.— Señor Raúl Silva Castro. Santiago.—Mi estimado amigo:

Yo anduve por algunas partes dando audiciones literarias con bastante buen éxito. Estuve en Curicó, Talca y Chillán. Hablé de los *novísimos* y expliqué la generación de *La Torre*. Fuí aplaudido en todas partes. No gané dinero. Es decir no gané en una forma comercial. Quedé muy contento. Los públicos son muy simpáticos.

En Chillán me fué muy bien. De allí no traje plata pero traje un amor muy grande.

Con saludos afectuosos queda aguardando su respuesta su afmo. amigo,

J. C. S.

San Clemente, 2 de Febrero de 1923.—Señor Raúl Silva Castro. Santiago.—Estimado amigo:

Me interesan grandemente tanto sus estudios críticos como sus trabajos literarios. Tengo una profunda fe en Ud. Naturalmente, me ha llenado de inquietud ese su estudio sobre la nueva literatura rusa, inquietud que subsistirá hasta que Ud. lo publique o me lo dé a conocer. Igual cosa puedo decirle de su intención de comentar a M. J. de Larra, que es, para mí también, una de las más notables personalidades españolas.

Sí, efectivamente, me refería a *La Torre* cuando me quejaba del silencio que se me había hecho. Silencio que, por otra parte, no habría sido notable, si no se hubiese hecho tanto ruido alrededor de obras tan malas como *Los Gemidos* del joven De Rocka. En fin, ya me estoy consolando, porque por bien o por

mal sé que los haré gritar cuando este año—en buena época—publique mi libro: *Harmoniþan*. (1)

¿Ve Ud.? Esta parece la carta de un amargado. ¡Qué más da! Escríbame siempre que tenga tiempo. Me siento horriblemente solo acá.

Lo abraza,

J. C. S.

San Clemente, 26 de Septiembre de 1923.—Señor Raúl Silva Castro. Santiago.—Estimado amigo:

Me dijeron que la Federación Universitaria abrió un concurso de Elogios a la Reina de las Fiestas de la Primavera. Ultimamente resolví tantear y escribí los versos que le incluyo. Desde aquí me es completamente imposible copiarlos a máquina, pues éstas no se merecen. ¿Podría hacerme Ud. el favor de copiarlos y enviarlos al concurso?

Otra cosa todavía. En Lautaro aparecerá una revista de arte con el nombre de *Surcos*. Me pidieron colaboración. Les negué, pero les ofrecí de mis amigos. Ayúdeme a salir del apuro.

Contésteme qué hay del verdad en lo del concurso y dígame cuándo se cierra, porque si aun quedase tiempo, me agradaría pulir mi poema.

Lo saluda su amigo,

J. C. S.

P. S.—La revista aparecerá en la primera quincena de Octubre; por lo tanto, urge la colaboración. Creo que no hay que tener cuidado, pues la dirección está a cargo de una mujer inteligente: Luisa Campos.

[Después el poeta vino a Santiago y nuestras cartas se suspendieron. En cambio de ellas, conversamos mucho sobre la poesía y los poetas, sobre el amor y el destino. Era un descontento. Había en su alma un sedimento de inquietudes que nada—ningún amor, ningún dolor—supo borrar. Era sin duda la cárcel en que se pudrieron sus mejores propósitos la que amargaba sus aguas. Cifuentes Sepúlveda vivía bajo una maldición. Los que lo han visto silencioso, nostálgico de todos los bienes, discurrir en la alta noche de la ciudad, solo en su desventura,

(1) *Harmoniþan* no se publicó nunca. Léí las composiciones que lo formaban en sus originales.

comprenden lo que yo digo. Es poco decir que lo quise. Mi amistad hacia él fué amarga y reconcentrada. Tal vez él no lo supo, pero hay en algunas de sus cartas expresiones fugitivas que me revelan que lo entrevió.

Eso me consuela. Hace tiempo que no lo veía. De vez en cuando preguntaba a algunos amigos comunes qué era de su vida. No vine a saber el fin desolador que tuvo sino cuando una noticia de los diarios la comunicó al mismo tiempo a los que lo querían y a los que no habrían hecho, de saber que existía, otra cosa que despreciarlo. No me consuelo de haberlo dejado partir sin apretar su mano una última vez. Me duele sobre todo saber que yo vivía aquí muellemente cuando él sufría fuera de su patria. Pobre y buen muchacho. Ya no existe.

He dicho que su obra rezuma amargura. Los que quieren una poesía superficial y lamida como un parque inglés no leerán sus versos porque son ásperos y lamentosos. Yo mismo estoy prefiriendo hoy otra manera de cantar. Pero ¿cómo alejar de mi espíritu el sabor penetrante de sus versos? Ví nacer muchos de ellos. Los oí balbuceados apenas por su voz joven. Los quiero como a hijos.

Pasó por la vida sin saber que desperdiciaba un tesoro divino. Fué poeta porque sí, porque el impulso de cantar era en él imperativo. Sabía que le faltaba cultivo, pero su obra desordenada, impremeditada, si no es exquisita es impresionante. Quien tome en sus manos *La Torre*, su mejor libro, y sepa que fué escrito en la semi-oscuridad de una celda, sentirá que el corazón se le encoge. Cifuentes Sepúlveda era poeta, y allí lo probó. Su nombre no debe morir.—R. SILVA CASTRO.

Algunos nombres de la literatura alemana



SEAME permitido realizar lo que el título precisa: echa una mirada sobre la literatura alemana contemporánea y sobre todo conseguir que otros hagan lo mismo que yo. No se puede tratar, en el marco de un artículo de revista, de dar un cuadro completo o casi completo de las diversas corrientes de la literatura alemana contemporánea ni hacer su crítica o una crítica comparada. Es verdad que los franceses hace tiempo han olvidado seguir de cerca el desens volvimiento de las manifestaciones de un es-